

## II.

LA COMMUNICATION DES DEUX MONDES PAR L'ATLANTIS AVANT  
LE DÉLUGE.

Excmo. Sr.:

La inmensa resonancia del cuarto centenario del descubrimiento de América excitó el interés que ya de por sí ofrecían las cuestiones relacionadas con hecho tan memorable, y por todas partes salieron á luz trabajos de muy diversa extensión y mérito, los cuales tuvieron embargada por mucho tiempo nuestra atención y ocuparon para su examen parte muy considerable de nuestras tareas. Por tal razón hubo de quedar algo retrasado, entre otros, un estudio muy estimable que en solicitud de nuestro parecer remitió el ingeniero y arquitecto griego residente en Constantinopla, Sr. Patroclo Campanakis.

Consta el trabajo de una Memoria autografiada escrita en francés y acompañada de dos grandes láminas fotográficas, una con figuras necesarias ó convenientes para demostrar ó ilustrar las tesis diversas sostenidas en dicha Memoria, y otra con el alzado de un monumento que el autor proyecta para gloria de Colón, objeto de su admiración entusiasta.

El Sr. Campanakis se propone demostrar la existencia de la Atlántida como una isla, ó más bien un continente intercalado entre los de África y América en las regiones tropicales. Su disertación, aunque no en este orden, consta de una parte de investigación literaria, seguida de discusiones geográficas y arqueológicas, y otra parte es de naturaleza puramente geológica y cosmogónica. En la parte primeramente nombrada, tiene cabida un examen juicioso y detenido de cuantos textos relativos á la cuestión, ó las geográficas conexas con ella, se encuentran en Platón y en los historiadores, poetas y demás escritores de la antigua y gloriosa edad de su querida patria. Eso sólo basta para que la Memoria sea sumamente útil, conteniendo, como contiene, la exacta transcripción de todos los pasajes que se men-

cionan. Entre las consecuencias más firmes y notables que de tal depuración saca el arquitecto griego, es la principal la de que no hay entre los dos textos conocidos de Platón la contradicción que por algunos se supone respecto á las dimensiones de la isla, pues en una parte se refiere al ámbito de toda ella entera, y en otra al territorio circundado de fosos con agua en que se encontraba la residencia de la corte. Asimismo resulta evidenciado que el África estaba limitada para los antiguos por un mar colocado á la latitud del Golfo de Guinea, y aun más al Norte en tiempos primitivos.

El que suscribe ha dado ya su opinión sobre el valor é inteligencia que se deben conceder á los dichos de Platón, y cree haber demostrado que la Atlántida no fué caprichosa invención del filósofo, si no confusa noticia, recogida en las tradiciones vivas de Atenas y de Egipto, de un imperio en el extremo Occidente del continente africano, situado en las vertientes del Atlas al Océano; imperio cuyos rudos choques con el de los Faraones está repetidamente escrito y figurado en los monumentos del Nilo. Pero el Sr. Campanakis muestra decidido empeño en echar un puente sobre el Atlántico para enlazar por este lado el antiguo y el nuevo mundo, y funda su existencia, no tanto en datos y reliquias de carácter geológico, como en las conexiones de diversa índole que encuentra en las artes y civilización de América y de otras partes que caen de nuestro lado; es decir, que la tesis no es en rigor, demostrar que la célebre isla ha existido real y positivamente, sino que debió existir, que su existencia hace falta para explicar la historia. La realidad de tales conexiones la apoya en datos que le suministran sus propias colecciones, no menos que el contenido del curioso libro de Donnelly, más abundante de rica erudición que de sólida crítica. En efecto, para deducir la consecuencia de que ha habido contacto prolongado é íntimo entre las naciones del nuevo continente y del conocido de los antiguos, no hasta señalar semejanza entre un monumento mejicano y uno egipcio, una vasija peruana y un utensilio asirio, un signo de escritura maya y otro fenicio, si no que sería indispensable marcar una serie ordenada y sistemática de analogías entre una región determinada de allá y otra de acá,

con todos los pormenores y accidentes que no es dable suponer como lógica derivación de un principio común, el cual lo mismo haya podido brotar de la mente de una ó de otra nación, ó de ambas á la vez.

La necesidad de comunicación de América con el resto del mundo es innegable si se ha de sostener la unidad de la especie humana, pero sin acudir á alteraciones de la superficie terrestre, la cadena de las islas Aleutias es bastante para explicar una emigración desde el Asia, ya que otras más difíciles y arriesgadas se han realizado en tiempos recientes en la Polinesia. Y si las analogías de arte y costumbres se hallaran entre los americanos y los habitantes de las costas más occidentales de África ó Europa, la idea de la comunicación directa tomaría alguna fuerza, pero cuando el área de tales analogías cae entre el Nilo y el Ganges, lo mismo han podido tomar camino las ideas comunes por el Atlántico que por el Pacífico.

Mas en el problema de la Atlántida no es la mayor dificultad el modo de darle existencia y probarla: lo arduo es la manera de hacerla desaparecer. No se oculta al Sr. Campanakis ser cosa averiguada que desde el período glacial acá no han variado la forma y relieve generales de los continentes y de las grandes islas, pues de los más extensos y espantosos terremotos sólo han resultado la aparición de alguna pequeña isla ó la explosión y hundimiento de otra; la abertura de profunda sima ó la desaparición de una ciudad, terribles accidentes para los habitantes de las comarcas así afligidas, pero cosa pequeñísima para la geografía física del globo. Por tal motivo, nuestro autor se ve precisado á llevar la Atlántida á los tiempos anteriores al período glacial y suponer florecientes al acabar el período terciario, cuando no está aun probada la aparición del hombre, los elementos artísticos desde allí irradiados á la América, al Egipto y á los demás países de antigüedad clásica. Cierto es, que la Geología actual admite en el citado período la existencia de un istmo ó de un cordón de islas entre el Brasil y el África (Véase Lapparent, *Traité de Géologie*, pág. 1309); también D. Federico de Botella señaló como probable la prolongación de la costa de Galicia al NO. (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, 1884), y el

mismo Lapparent (*Revue des questions scientifiques*, Bruxelles, 1896), atribuye la producción del período glacial á la rotura, al fin de la época terciaria, de una tierra que, desde Europa á la América del Norte, se atravesaba entre el Mar Polar y el Atlántico. Pero ninguno supone allí habitantes, ni que los hiciera, desaparecer uno de esos teatrales cataclismos no admitidos ya en la ciencia moderna. Si algún festón de esas tierras quedaba aún adherido á las costas de Francia en la edad paleolítica, sus pobladores podrían ser á lo sumo los rudos salvajes de la *Merópida* de Teopompo, no los fundadores de brillantes civilizaciones y gloriosos imperios.

Eso no obstante, el Sr. Campanakis adopta las ideas de Bory de Saint-Vincent y colocando un mar interior en el área del actual desierto de Sáhara, cree que una inmensa convulsión de la tierra levantó de golpe el fondo de ese mar, vertió las aguas sobre la infortunada isla y el Diluvio universal entonces acaecido, junto con extraordinarias mareas, la borró de la esfera subluar, ya que no de la memoria de los hombres.

Para explicar y justificar tamaños trastornos, el Sr. Campanakis ha ideado con grande ingenio una muy peregrina teoría, sosteniendo que después de muchos siglos de poblada la tierra y en el mayor florecimiento de la nación atlántica, un planeta colocado entre las órbitas de Marte y de Júpiter estalló reduciéndose á multitud de menudos trozos, origen de los actuales asteroides, y afirma que al deshacerse el planeta, se rompió el equilibrio del sistema solar, tendiendo las órbitas de los demás planetas á estrecharse, con lo cual la tierra se aproximó al sol de manera tan extraordinaria, que cambiaron profundamente sus condiciones climatológicas.

El autor saca partido de su hipótesis para explicar muy agudamente el mito de Factonte y la trilogía de Prometeo; pero ha olvidado que según los principios generales del movimiento de los sistemas, la explosión de un planeta en nada altera el movimiento del conjunto, mientras las partes de la masa no se anulen, caso que ni supone ni se da en la naturaleza. La Academia, aun cuando la materia no es de su competencia, no puede menos de hacer notar la falta de base de tales teorías, dejando, sin

embargo, para otros cuerpos el fallo definitivo sobre esta parte del asunto.

En suma, la Academia entiende que el trabajo del Sr. Campanakis es muy estimable desde el punto de vista literario, muy ingenioso en varios de sus conceptos é infundado en sus teorías físicas.

Madrid, 25 de Junio de 1896.

EDUARDO SAAVEDRA.

---

### III.

#### MEMORIAS DEL MARQUÉS DE AYERBE.

El Sr. Marqués de Ayerbe acaba de prestar un nuevo servicio á los que se dedican al estudio de la Historia patria.

Había dado á conocer sus aficiones á la ciencia que con celo tan laudable cultiva esta Real Academia, publicando la serie copiosísima de documentos que comprende la que él llamó *Correspondencia inédita de D. Guillén de San Clemente, Embajador en Alemania de los Reyes D. Felipe II y III sobre la Intervención de España en los sucesos de Polonia y Hungría, 1581-1608*. Nuestro distinguido colega, el Sr. Fabié, había hecho mención de ese libro en uno de sus eruditos informes sobre otra producción de igual índole, debida á dama tan ilustre, como por su nacimiento, por las dotes de su clarísima inteligencia, la señora Duquesa de Berwick y de Alva.

Y ciertamente que el Marqués de Ayerbe merecía el honor que el Sr. Fabié le dispensó en aquella feliz ocasión; porque la *Correspondencia* de D. Guillón de San Clemente es tan instructiva como curiosa, así por los sucesos cuyo recuerdo evoca, como por la circunstancia de poner también de manifiesto servicios altamente meritorios de algunos de nuestros compatriotas en el siglo de la mayor grandeza de España, lo mismo que en el ejercicio de las armas, en que no reconocían rivales, en el de las